

La “operación kilo”, por Severino Lázaro Pérez, S.J.

a) Al encuentro de ese Dios que viene en los más empobrecidos

Como todos los años, el Adviento llama a nuestra puerta. El futuro de Dios irrumpe en nuestra vida y nos dice que Él, antes que nosotros, se pone en camino a nuestro encuentro. ¿Cómo quiere encontrarnos? El evangelio nos dice que tenemos que estar vigilantes, o por lo menos con los ojos abiertos, para ver los signos de su venida. Qué duda cabe que uno de los caminos por los que venga será el rostro y la vida de los más pobres. De alguna idea para acercarnos a Él en ellos, este tiempo, quiero hablaros. Pero antes, permitirme dos preámbulos que nos ayuden a componernos en este camino de encontrarnos con Dios abriéndonos a los empobrecidos de nuestro mundo.

- **En la parrilla de salida, una actitud humilde de quien todo lo espera.**

La gran mentira de la lógica cultural de nuestra sociedad capitalista es hacernos creer que todo lo podemos conseguir, que todo está a nuestro alcance. Ponerse en situación de Adviento, por el contrario, es reconocer que lo esencial de la vida humana es una situación de fragilidad, de limitación, de hambre y de sed que nunca van a poder ser colmados, ni a nivel individual ni por ningún sistema político o económico. Nunca como ahora somos conscientes de la fragilidad y engaño de todas esas promesas de progreso que, no hace tantas décadas, nos creímos a pie juntillas.

Pero el Adviento no quiere desesperarnos, sino situarnos en una actitud de espera. Porque este mundo y este ser humano necesitado y frágil que somos cada uno, son destinatarios de unas promesas inauditas en las que Dios ha empañado su palabra y su credibilidad. Se puede empezar, por tanto, a soñar y construir un mundo distinto.

- **Aterrizando en nuestro tema.**

Empezar el camino del Adviento como personas y comunidades necesitadas o incompletas, para sentirnos igual de vulnerables que éstos a los que queremos servir de ayuda, los más pobres. Su necesidad y limitación es más material; la nuestra es existencial... Pero una y otra tienen una consecuencia inexorable: ambas deshumanizan a quien permanece en ellas. Es decir, desdibujan el rostro o la imagen de hijos suyos que Dios quiere que seamos.

- **En el centro de nuestra vida personal y comunitaria, la eucaristía.**

Es el acontecimiento donde todos los tiempos litúrgicos, también el Adviento, nos invitan a mirarnos y contrastar el camino que vamos haciendo. En ella se nos van prefigurando esas imágenes o promesas con las que la palabra de Dios quiere colmar todas nuestras necesidades y fragilidades. La comunidad reunida simboliza la superación de todas las miserias y enemistades en las que podemos encontrarnos viviendo, y es también una insólita invitación a hacer comunión unos con otros. *El pan que partimos* y *el cáliz que bendecimos* son esa provocación continua a unir nuestra suerte con los que menos tienen o más solos y abandonados se encuentran.

Por eso, ni eucaristía separada de la vida ni vida separada de la eucaristía. Lo que la eucaristía prefigura y actualiza, que es la donación total de Jesús, quiere ser una

palanca transformadora de nuestra vida y nuestro mundo. “*Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras*” se dice a los sacerdotes el día de la ordenación y puede decirse a toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía.

Desde este triple preámbulo, ¿qué podemos hacer como comunidad cristiana para encontrarnos con ese Dios que viene en el rostro y en la vida de los más empobrecidos?

b) La conocida “operación kilo”:

A todos nos es conocida la estampa de gente entregando un kilo de comida a la salida de un centro comercial a los voluntarios del banco de alimentos; o llevándolo a alguna de nuestras Caritas parroquiales. El gesto en sí deja el rastro de una solidaridad concreta y real. Queremos hacer comunión con la precariedad que determinadas personas y familias, por desgracia, siguen viviendo.

Proponerlo a nuestras asambleas dominicales, grupos de catequesis o colegios cercanos, educa la responsabilidad salvadora de nuestros niños, adolescentes y familias. Ahora, hay que arropar el gesto con dos condiciones, siempre que se pueda:

- Que los donantes lo lleven al punto físico de reparto (sede del banco de alimentos; sede de caritas parroquial) teniendo, donde sea posible, un encuentro con los voluntarios, para que les hablen de las personas o familias a las que se destinará lo que ellos han aportado.
- Profundizar, en un tiempo de reunión grupal, anterior o posterior, sobre el sentido del gesto. Alumbrando la paradoja de la existencia de personas y familias sin lo básico y necesario en una “sociedad de la abundancia” y donde cada consumidor desperdicia un promedio de 121 kg de comida al año.

c) Visitas y acercamientos.

Como alternativa, más evangélica y transformadora que la anterior, si cabe, me gustaría hablaros de la **visita con familias, grupos de niños o adolescentes, a centros de personas sin hogar; a sus casas, en el caso de enfermos de la parroquia; o a ancianos de alguna de las residencias cercanas** a nuestro barrio y parroquia. El Adviento y la Navidad son un tiempo en el que el corazón se nos esponja a todos y el ver a ese niño que esperamos desnudo y desvalido en el pesebre, nos hace entender mejor el peso de la soledad que muchas personas viven a nuestro alrededor y el alivio que una visita y abrazo puede representar para ellos.

Con la cercanía de la Navidad y coincidiendo con las eucaristías dominicales de esos domingos de Adviento o el final de la catequesis o de las clases en los colegios, puede programarse una salida o visita a algún centro de acogida de personas sin hogar, a los enfermos de nuestra parroquia o a los mayores de alguna residencia geriátrica.

Facilita el encuentro con ellos el llevarles “un presente” como al niño Jesús que va a nacer. Hablamos de un pequeño regalo práctico, de una tarjeta de felicitación de la Navidad personalizada; representarles algún teatrillo de Navidad o cantarles algún villancico.

Lo que acontece después de mostrarles ese pequeño presente, es el puro encuentro, cercanía y contacto en el que Jesús curaba o aliviaba. ¡Hacer la experiencia, y veréis que todavía hoy, vuelve a suceder ese milagro!

Severino Lázaro, S.J.